

¿Fracaso escolar?

Xosé de Moure-Lloves

Profesor de música

Una vez más quedamos estupefactos al conocer las abultadas cifras del fracaso escolar en España. Ocupamos el penúltimo lugar en Europa. Y, como siempre, se termina mirando de reojo al profesorado, insinuándose que, en el fondo, la «culpa» es de ellos y del sistema educativo. Y encontrado el culpable parece que todos descansan y se quedan contentos porque se ven así eximidos de todas responsabilidades.

Pero atribuir un fracaso escolar al sistema educativo o al profesorado, además de patentemente injusto, resulta una conclusión fruto de un análisis muy superficial de la cuestión. En efecto, el fracaso escolar es un síntoma. Pero, ¿de qué?

En todo caso, lo que en ningún lugar se suele escuchar, quizás porque nadie se atreva a decirlo o porque de tan obvio no se ve (o no se quiere ver), es que el fracaso escolar, en primer lugar, se debe sin más a la falta de estudio del alumnado. Y es que en nuestra sociedad parece que podemos exigir a todos menos a los jóvenes porque, «¡pobrecitos!, hay que dejar que se diviertan, que para eso son jóvenes». Y de esta forma, aligerándoles de toda responsabilidad, alargan su adolescencia hasta pasados los treinta.

Cualquiera que esté atento a los hábitos actuales de los adolescentes des-

cubrirá que las cosas han cambiado mucho en los últimos diez años. Algunos datos son significativos (datos al alcance de cualquier profesor de ESO —o de lo OTRO—): mientras que el tiempo dedicado voluntariamente a la lectura tiende a cero, el número de horas delante del televisor suele pasar de tres. A esto hay que añadir las horas de chateo, de navegación por la red (en la que muchos quedan enredados) y de videojuegos. Por otra parte, amén de esta actividad (habría que decir mejor «pasividad») polipantállica, hay que añadir los desajustes sistemáticos en el ritmo de sueño durante el fin de semana (que muchos universitarios comienzan ya el jueves). La diversión, además, se suele identificar con la ingesta de alcohol. Acorde con lo anterior, no se suele concebir el estudio como actividad constante o habitual sino meramente ocasional, en función de los exámenes. Y esto contando con que quedan excluidos los viernes, sábados, domingos (y, según el estado físico en que deja el fin de semana, también el lunes) como días de estudio. Así, la «semana laboral» de la mayor parte de los estudiantes va de martes a jueves por la mañana.

Eso sí: son multitud los padres y madres que quedan muy tranquilos de conciencia al ver a sus hijos e hijas con el tiempo tan ocupado (durante la jibarizada semana lectiva) en mil y una actividades extraescolares: clases particulares de recuperación, academia de inglés, de música, de danza. Y,

en casa, siempre muy calmados y ocupados viendo Operación Triunfo, Gran Hermano, Crónicas Marcianas (que son los programas educativos que estadísticamente son sus preferidos), o encerrados en su cuarto «con el ordenador».

A cada uno lo suyo: los que fracasaron no fueron únicamente los profesores o el sistema educativo. Lo que han fracasado son los (pseudo)valores en que han sido educados las novísimas generaciones de eviternos adolescentes: pasarlo bien como principal horizonte, consumo ilimitado y acrítico e irresponsabilidad biográfica. Por eso, el tiempo de estudio y de clase es vivido por muchos como una insostenible carga que sólo el fin de semana puede aliviar. Es notable el alborozo y desmesurado contento con que nuestro alumnado recibe la noticia más importante de la semana: el timbre que marca el final de la última clase del viernes, hora en que acaban las responsabilidades.

De modo que, a la vista de todo esto, no parece adecuado seguir hablando de «fracaso escolar», sino de un estruendoso, vergonzoso y consumadísimo fracaso social. ¡Pero a ver quién se atreve a decir esto en voz alta! ¡A ver quién es el valiente que se atreve a asumir alguna responsabilidad (fuera de aquellas por las que se cobra, que en habiendo euros por medio todo el mundo se muestra muy responsable).